

cieros, por ejemplo, deseaban que fuera llamado a la capital.

3. *A la caída de Madero.*—Madero tomó al pie de letra algunas palabras simbólicas del liberalismo anticuado. Nunca ha habido en México mayor libertad de imprenta que la de su gobierno. Nunca un gobierno ha sido más ridiculizado por toda una ciudad. La ciudad de México no se pagaba (y con razón) de buenas palabras ni de buenas intenciones. Madero no era precisamente un gobernante, sino un niño alzado por el azar sobre la cresta de una montaña de pasiones. La crítica técnica de su gobierno era, naturalmente fomentada por los hombres del antiguo régimen, por los descontentos del nuevo. Un día, entre circunstancias dolorosas que no hay para qué recordar, Madero cayó; su jefe de las armas, el general Huerta, inauguró en México una era de arbitrariedad, y en el Norte apareció Carranza como continuador de la tradición revolucionaria, y, a la vez, como hombre de la Ley, puesto que se levantaba contra la usurpación huertista.

4. *Hacia la Presidencia.*—La revolución dirigida por Carranza heredaba la desorganización de la era maderista, y la desmoralización de la época huertista. Carranza fué triunfando paso a paso, logrando un difícil equilibrio entre los muchos y muy diversos elementos que combatían bajo su mando. Hubo en México muchos presidentes de un día, y, al fin, se produjo una gran división: a una parte, Carranza; a la otra, una facción descontenta que usaba, como su brazo armado, a Pancho Villa: Carranza confiaba en que sus enemigos se destruirían entre sí, y en que a él lo salvaría su constancia. Así fué: Carranza acabó por triunfar y establecer un gobierno regular, a pesar de la decidida protección de los Estados Unidos a los villistas. Pero el equilibrio sólo provisionalmente se había logrado, y al fin se deshizo, con motivo del apoyo que Carranza se empeñó en dar al candidato civil contra los demás candidatos, en forma tal, que lo condujo a una muerte trágica y lamentable. Durante su presidencia, logró reconstruir la nación, restablecer el orden en gran parte, devolver a la patria mexicana sus esperanzas; y aún había iniciado ya la era de la reconciliación con los enemigos de ayer, los porfiristas, huertistas y villistas.

5. *Durante la guerra europea.*—Se acusó a Carranza de germanofilia, porque se opuso a seguir, a imitación de otros países de Hispano-américa, la conducta dictada desde Wáshington

para todo el Continente. En rigor, a Carranza no parece haberle interesado la guerra europea más de lo que le interesaban las cuestiones nacionales que tenía entre manos. Le convenía hacerse fuerte ante los Estados Unidos, y se mantuvo en constante tira y afloja contra ellos, coqueteando con una audacia que a veces pareció verdadera temeridad. Al liquidarse cuentas, se vió que había reducido las amenazas de Wilson a una vana sombra, y que había obrado con singular destreza, salvando en más de una ocasión el decoro de su gobierno, ante las exigencias de la Casa Blanca. Queda, en la Prensa de los Estados Unidos, el testimonio de la irritabilidad que llegó a producir en ciertas regiones de la opinión el éxito constante del testarudo Carranza.

6. *Carácter de la política de Carranza.*—Educado para la política bajo la era porfiriana, Carranza era amigo del orden y tenía noción clara de los procedimientos mediante los cuales se reduce al orden un caos revolucionario. Pero difería ya de la técnica porfiriana (como difiere la zona Norte de la República, en que él nació, de la zona capitolina central), porque trataba ya las cuestiones en voz alta y a la vista del pueblo. La «res secreta» de Porfirio Díaz vino a ser, entre sus manos, «res pública». También Madero lo había intentado, pero Madero no tuvo fuerza de organizador, ni tesón, ni clara noción del Gobierno, Carranza, todo el mundo lo sabe, era testarudo, y su ideología era, en mucho, la del abogado de

pueblo, con constante preocupación del «punto legal». Así, se empeñó en quedar legalmente justificado en todo, y parece que lo logró en lo principal. Carranza se había propuesto como modelo a Juárez, el héroe del liberalismo mejicano, y tenía una alta noción de su papel como presidente de una república en guerra; creía que todo se salvaría si la conducta de él era justificada y firme. También tenía fé en la cultura, aunque no sabemos por donde habría tomado su idea de la educación pública, a haber tenido tiempo para salir a la luz. (En esta materia, Méjico vive, desde 1910, remendando una y otra vez la misma tela que dejó tramada Justo Sierra, el gran educador porfiriano). Carranza era enemigo de las cosas absurdas, y prohibió, en la ciudad de México, las corridas de toros. Pero no puede asegurarse—tal vez pueda asegurarse lo contrario—que fuera un apóstol de las reivindicaciones sociales. Muy a su pesar, disimulando íntimas repugnancias, se encontró a la cabeza de un pueblo lanzado ya por el camino de las reformas políticas, cuando era más bien un gobernante del tipo conservador, y un hombre de orden a la antigua.

Sean cuales fueren sus limitaciones de hombre de Gobierno, su muerte trágica cierra con un halo de legendario heroísmo su período presidencial y deja manchado de un rojo demasiado acusador el que le sucede. Ante la codicia del enemigo de fuera, la muerte de Carranza no constituye, precisamente, un bien para Méjico.

(España, Madrid).

UN NUEVO LIBRO DE GABRIEL ZENDEGUI

(SONES DE LA LIRA INGLESA)

No es la primera vez que me ocupo de las producciones de este escritor, aunque me dedico a la Medicina y la mayoría de mis trabajos están consagrados a ésta; pero ocurre que conozco al autor desde que estudiaba la carrera de Derecho, en Madrid, y se hizo abogado, si bien no ha ejercido la profesión apenas. Siempre le atraieron más las letras, y sobre todo la poesía, que el vulgo juzga un pasatiempo y que es un estudio profundo, como lo he entendido desde bien temprano, cuando cursaba Humanidades en el Colegio de Belén, de la Habana; y le cobré tal afición, que entonces llegué a escribir un número no corto de poesías que destruí al empezar a estudiar Medicina, porque me persuadí de que para su conocimiento se requiere un estudio tan extenso, que a aquel que lo adquiere, como le ocurre

al señor Zéndegui, puede dársele el dictado de sabio, pues, como dice él mismo en el Prólogo del libro que me ocupa, titulado *Sones de la lira inglesa*, «mi amor a la poesía supera, créase, a mi amor propio». Y añade en otro lugar del libro que Mr. Edmund Gosse pone por argumento para que se continúe cultivando el antiguo arte de la poesía, que en verso se pueden expresar oportuna, intensa y hasta religiosamente ciertas ideas que aparecerían ridículas en prosa.

Zéndegui tuvo, de niño, una manejadora o institutriz inglesa, en la Habana, de la que tomó el inglés, que cultivó después como su lengua propia con gran entusiasmo, llegando a poseerlo a la perfección y mereciendo que en 1890 le llamase a Buenos Aires el periódico más importante de allí, fundado por el ilustre ex-Presidente